

JOHN MC. GHEE: LAS DOS DIMENSIONES DE LA LUZ

por Iliana Godoy.

John Mc. Ghee, pintor estadounidense de ascendencia escocesa, residente en México desde hace más de cuarenta años, realiza en su pintura una síntesis original entre diversas tendencias plásticas; pintura metafísica, hiperrealismo y legítima preocupación por las desigualdades sociales, asoman a través de un humanismo que rebasa toda ideología.

Mc. Ghee nace en Nueva York en 1922, se graduó en artes plásticas en el Pratt Institute de Brooklyn y realizó un posgrado en the School for Art Studies de N.Y. Ha expuesto en N.Y., Sn. Francisco, California, Otumba y la Ciudad de México.; obtiene en Estados Unidos la Mención Honorífica de ACA Gallery en N.Y. ha expuesto en la Emily Lowe Award y en las Ward Eggleston Galleries, en la Universidad de Miami, en la Universidad de Syracuse, en el Primer Salón de Pintura Mexicana y en la Galería Kamffer.

Llega a México en 1950 y presenta la primera muestra de sus obras en 1959 .1 Radica en Otumba desde 1965, y su exposición Personajes y Aspecto de Otumba, data de 1986; sobre la misma temática, expone en El Juglar en 1989, y en 1993 y 94, expone en diversas estaciones del Metro de la Ciudad de México, dentro del programa cultural que pretende aproximar la obra de arte al gran público que transita por este sistema de transporte colectivo.

Ha llamado la atención de los críticos su extraordinario dominio de la técnica, pues Mc Ghee es un pintor en plena madurez y cuenta con todos los recursos necesarios a su expresión: dibujo vigoroso, claroscuro

1 Salvador Pinoncelly, comenta a raíz de esa exposición:

no busca una fácil adhesión al folklore, sino que su fin plástico se antepone al motivo.

2 Salvador Pinoncelly, comenta lo siguiente:

Técnica puntual y el colorido exigido por su estética hiperrealista.

"l amour fou " , le decía Baudelaire a esa locura amorosa que la paciencia del artista obtiene de sus temas y objetos de esa pasión

y color, manejo de la perspectiva y rigor compositivo.³ Sus cuadros son estudios donde el virtuosismo raya en la obsesión perfeccionista, cualidades que, en su caso responden a una estética y no a un mero afán de lucimiento. A este respecto, el pintor declara: *Si la pintura no tiene valores formales, si no está bien hecha, las mejores intenciones mueren.*

El pintor se declara admirador de Mantegna , Giorgio de Chirico y el muralismo mexicano, que asimila a través de Rivera, Orozco, Siqueiros y Tamayo; pero más allá de la impronta de estos maestros, Mc. Ghee ha desarrollado su propio estilo para expresar un ángulo inédito de la realidad mexicana .

México ha seducido la mirada minuciosa de Mc Ghee, quien en los pueblos, en el paisaje, en las escenas populares y en las calles, ha encontrado el tema de su pintura.

Todo pintor va en busca de su luz, aquella que ilumina los objetos en forma afín a su visión del mundo; Mc. Ghee encontró su luz y su sombra, en Otumba, este pueblo cercano a las pirámides teotihuacanas, escenario de batallas y conquistas.

Allí, la luz cae como un haz de flechas que define la frontera siempre definitiva y siempre móvil que separa y confronta realidades opuestas y al mismo tiempo, complementarias. Pintar en Otumba es enfrentarse a una dialéctica implacable entre la luz y sombra, dimensiones opuestas de la misma realidad. En Otumba, la luz y su ausencia combaten cuerpo a cuerpo hasta delimitar el territorio exacto de la victoria.⁴

Fijeza de la luz y rigor en la composición son las claves de sus imágenes ; un tatuaje en la memoria, es el resultado de su contemplación.⁵

3 Respecto al dominio técnico de Mc. Ghee conviene recordar las opiniones que el crítico Enrique F. Gual consignó en 1959:

ordenación y construcción pueden ser los términos que mejor definen al pintor

Sugieren muchas de las obras una tarea impuesta en plan de severo estudio estructural y de relación de efecto a causa.

4 Para ver luz, hay que ir a Otumba, dice Merry Mc. Masters, El Nacional, el 17 de marzo de 1986.

5 Bertha Taracena, en una crítica de 1989, asienta lo siguiente:

El arte de John Mc. Ghee es fijar el instante, descubrir lo real en cuanto a su esencia pictórica.

Este artista convierte los sucesos en algo fijo y permanente, cuya imagen puede disfrutarse y meditarse una y otra vez.

Esta fijeza y esta permanencia, debidas a la composición geométrica, a la luz y al color, son las características que Mc. Ghee comparte con la Pintura Metafísica, cuyo nombre es tan arbitrario como el de la mayoría de las tendencias estilísticas.⁶ Metafísico significa literalmente, lo que está más allá de la naturaleza; en tal sentido, cabría llamar metafísico a todo el arte, en la medida en que su objetivo es crear un mundo distinto a la naturaleza, por más que algunos pretendan que la mimesis o imitación, se basa en la percepción natural.⁷

La connotación del término Pintura Metafísica (primer cuarto del S. XX) es la búsqueda de un sentido enigmático de las cosas, a través de la exaltación poética de sus valores plásticos elementales; sus fundamentos son esencialmente literarios y culturales, pues se pretende reinstaurar el orden y la armonía del mundo clásico, asimilándolo a los descubrimientos tecnológicos y psicológicos del S.XX. Sus fundadores son: Giorgio de Chirico, Carlos Carrà y Giorgio Morandi, con quienes John Mc. Ghee muestra indiscutibles afinidades estéticas.⁸

Las visiones que Mc. Ghee nos entrega de Sn. Juan de Ulúa (*Centinelas*, 1989) y Otumba (*La Puerta Roja, El Árbol solitario, Paseando, Número Uno*, 1989) son dignas de figurar entre los mejores exponentes de la corriente metafísica, por su depuración plástica y la contundencia que otorgan a la imagen.

Cabe destacar, sin embargo, que en la obra de Mc. Ghee, no todo es geometría ni fijeza; existe la captación de lo fortuito, de lo ingenuo y aun de lo absurdo, atributos de tan propios de nuestra realidad mexicana, caracterizada como surrealista, según Breton.

Así, en el cuadro titulado *Paseando*, miramos y escuchamos el trote solitario de un perro sobre el polvo; frente a un muro intemporal, aplanado de silencio, donde, sorpresivamente, irrumpe la estridencia de los inevitables medidores de corriente eléctrica. Estos detalles serían inconcebibles en un cuadro de Chirico, por ejemplo, donde las únicas presencias que habitan sus oníricas plazas, son esculturas griegas.

6 Recordemos la denominación del Impresionismo, a partir de un cuadro titulado "Impresión".

7 Consultar Arte y Antropología de José Alsina Franch, Alianza Editorial, Madrid, 1982. pp. 121-126.

El autor sostiene que ni siquiera el retrato puede considerarse una copia fiel del natural, pues en la representación siempre intervienen factores de interpretación, tales como punto de vista, ángulo visual, expresión facial característica, etc.

8 Información tomada del Diccionario Enciclopédico Salvat, Tomo 8.

En otro de los cuadros de la misma serie, el titulado *La Puerta Roja*, vemos aparecer en forma absurda, un poste, justo frente de un arco, cuya entrada queda, de súbito, anulada. Sobre la fachada vemos inclinarse una cruz de madera, de esas que los albañiles colocan para celebrar la cruz de mayo. El ojo de Mc. Ghee, nos entrega estas imágenes mágicas de los pueblos, cuyas fiestas se suceden, dejando señales frágiles que apuntalan la historia.

En contraste con la apariencia inmutable de los objetos, encontramos en los cuadros de Otumba, la presencia palpable del transcurrir del tiempo: el desgaste de los muros y ese polvo que ostenta las pisadas recientes o bien el roce constante del viento seco que vigoriza la textura de los materiales.

Si la pintura Metafísica va más allá de la física, nada más físico que la pintura de Mc. Ghee; en cuadros como *Ladrillera de Axapusco*, el volumen y el material se traban en una forma indisoluble, donde la masividad es resultado tanto del trabajo constructivo del hombre, como del esfuerzo de compresión que realiza el material. La contundencia de la imagen está plena de tensiones vitales.

Aunado a la serenidad de lo visual, hallamos ese mundo cambiante y provisorio que emana del tacto.

En texturas que asoman su entraña visceral, humedades que calan la blancura y adobes en continuo desmoronamiento, el tiempo encarna sus procesos, suspendidos un instante por esa lente hiperrealista que magnifica el detalle en la pintura de John Mc. Ghee.

La dualidad, concepto constante de la filosofía náhuatl, encuentra en la luz y la sombra de Otumba su expresión más palpable. El pintor ha captado esa dinámica, y presenta en sus cuadros las imágenes inmutables de lo circunstancial.

Iliana Godoy
México, 1993.

BIBLIOGRAFÍA:

Alsina Franch, José, *Arte y antropología*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1986.

Diccionario Enciclopédico Salvat, México, 1973, Tomo 8.

Carrà, Pinacoteca de los genios, Vol. 46.

Morandi, Pinacoteca de los genios, Vol. 70.

